

El confesor como «signo vivo» de misericordia

Análisis teológico sobre la figura del confesor a la luz de la Bula *Misericordiae Vultus* del Papa Francisco

Ignacio León Martínez, L.C.

Licenciado en filosofía.

Actualidad del tema: La misericordia es un argumento teológico que ha asumido una importancia cada vez mayor en el magisterio de la Iglesia. Varios Pontificados recientes han ido desarrollando las líneas fundamentales de esta espiritualidad, en especial podríamos hablar de tres Papas que hacen referencia a ella. El primero de ellos es Juan XXIII que decía en la convocación al Concilio Vaticano II: «En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad [...] La Iglesia Católica, al elevar por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad católica, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella». El segundo es Pablo VI que, al concluir el Concilio Vaticano II, refiere la parábola del samaritano como guía de lectura de todos los documentos y por último, tenemos a Juan Pablo II que escribe su encíclica *Dives in misericordia*¹.

El Papa Francisco está promoviendo la continuidad de dichos argumentos en la vida práctica, en la espiritualidad y en la acción de la Iglesia porque ve que en la vida de los hijos de Dios hace falta amor y en muchas ocasiones piden con que se les suministre la medicina de la penitencia con misericordia para curar sus almas. Hay hombres y mujeres que no reconocen a Dios debido a heridas profundas provocadas por sí mismos y hay también otros que fueron heridos por actitudes incorrectas de los ministros de la Iglesia y han dejado la creencia y práctica de su fe. Es por tanto urgente hablar del tema y establecer nuevas pautas de reflexión y de acción que hagan ver el brillo de la misericordia como camino eficaz para el conocimiento y amor a Dios.

¹ Cf. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Misericordiosos como el Padre. Subsídios para el jubileo de la misericordia 2015-2016*, BAC, Madrid 2015, 393.

El lema del año jubilar: El Papa, en la parte central de la Bula, habla sobre el lema que ha estipulado para vivir el año de la misericordia: «sed misericordiosos como el Padre vuestro es misericordioso» (Lc 6, 36)². Dicho tema marca la línea general de toda la Bula y atañe a la actitud de todo cristiano como principio de vida para alcanzar la perfección de la santidad. El Papa resume esta vivencia de la perfección basándose en tres aspectos: Escuchar la Palabra de Dios, contemplar la misericordia de Dios y asumirla como el propio estilo de vida³.

Los Padres de la Iglesia ya nos habían dejado el tesoro de su interpretación, sobre estos versículos del Evangelio de San Lucas, como un itinerario de constante identificación con el Corazón Divino. Por ejemplo, San Ambrosio nos habla sobre los efectos que produce el contemplar (piedad) y el asumir la misericordia:

Tal es la recompensa de la misericordia, que da el derecho de la adopción divina. Pues sigue: “Y seréis hijos del Altísimo”. Practica, pues, la misericordia para que merezcas la gracia. Inmensa es la benignidad de Dios: llueve sobre los ingratos; y la tierra fecunda no rehúsa sus frutos a los malos. Por lo que prosigue, “Porque Él es benigno para los ingratos y malos”⁴.

San Cirilo nos introduce también al tema al que queremos abordar al decirnos que «Grande es, pues, el premio de la piedad; porque esta virtud nos hace semejantes a Dios, e imprime en nuestras almas como un sello de la naturaleza sublime. Por lo que sigue: “Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial”»⁵. El cristiano, en general, como *homo viator* – en tránsito por esta vida⁶ –, ha de recorrer este camino de perfección a través de una «Peregrinación [...] porque la misericordia es una meta por alcanzar y requiere compromiso y sacrificio»⁷.

Vocación eclesial: llamada general a vivir la misericordia: ¿De dónde viene está llamada a vivir la misericordia? El lema de la Bula para el año santo es una clara invitación de Cristo para ser partícipes de la naturaleza de Dios. Esta llamada a vivir la misericordia está dirigida a todo miembro

² PAPA FRANCISCO, *Misericordiae vultus*: bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia» (=MV), 13.

³ Cf. *Ibid.*

⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Catena Aurea* en <http://hjj.com.ar/catena/c475.html>.

⁵ *Ibid.*

⁶ El término *Homo Viator* ha sido usado para manifestar el camino por recorrer en los años jubilares. El Papa Juan Pablo II lo usó en el año 2000 para referirse al camino que el penitente ha de recorrer para su plena conversión. Cf. IM, 7.

⁷ MV 14.

de la Iglesia como discípulo de Cristo. Todos los cristianos, sean sacerdotes o laicos, tenemos necesidad de romper con la «indiferencia» a través del «óleo de la solidaridad» para salir del letargo que nos impide ver la necesidad de los hermanos, para «curar aún más estas heridas, para aliviarlas con el óleo de la consolación». Cada cristiano es de esta manera un «instrumento del perdón» con el cual Dios extiende su misericordia. La respuesta del cristiano a esta llamada de vivir la misericordia ha de ser espontánea. Esta espontaneidad proviene del hecho de que el cristiano hace experiencia de haber recibido gratuitamente el perdón de Dios⁸.

Dichosos los misericordiosos, porque encontrarán misericordia [...] Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón. Es el tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos⁹.

Rol particular del confesor: Entre todos los fieles católicos, el confesor, como ministro ordenado con potestad para perdonar los pecados, tiene un rol particularmente diverso y único en la vivencia de la misericordia. Se trata de un modo concreto en que Dios le pide participar de su misericordia en la solidaridad con sus hermanos. ¿Cuál es este rol, y cuál es su fundamento teológico y bíblico? ¿Qué implica este rol?

La Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, en el n. 20, nos recuerda lo siguiente sobre el ministerio: «el Obispo, junto con sus colaboradores presbíteros y diáconos, reciben el servicio de la comunidad, presidiendo en lugar de Dios a la grey de la que son pastores» y añade en el n. 28 que los presbíteros prestan su ayuda pues están «llamados a servir al Pueblo de Dios [...] por razón del orden y del ministerio sirven al bien de toda la Iglesia, según la propia vocación y gracia»¹⁰.

Es San Ignacio de Antioquía, motivado por las palabras de Pedro (Cf. 1 Pe 5, 1-4), quien por primera ocasión alude a que el ministerio del obispo es un don recibido de Dios y del cual ha de ejercerlo como humilde servicio: «no ejerce el ministerio que atañe al común de la Iglesia porque él, de sí y ante sí, se lo haya arrogado, ni porque le venga de mano de hombre ni

⁸ MV 14. «porque hemos sido los primeros en haberlo recibido [el perdón] de Dios».

⁹ MV 9-10. Cf. 1 Jn 3, 17-18, donde san Juan nos indica que hay que «abrir las entrañas» para acoger al necesitado.

¹⁰ Cf. J. COLLANTES, *La fe de la Iglesia católica: las ideas y los hombres en los documentos del magisterio*, La Editorial Católica, Madrid 1983, 488. —de ahora en adelante esta obra se citará con las siglas 'FIC' y su numeración correspondiente, en este caso es el n. 711 y 1242—.

por ambición de Gloria vana, sino en la caridad de Dios Padre y del Señor Jesucristo»¹¹.

Estructura del contenido: El presente trabajo busca ofrecer una lectura y comentario teológicos sobre los números 17 y 18 de la bula de indicción al año jubilar, *Misericordiae Vultus*, que el Papa Francisco nos ofreció el pasado 11 de abril del 2015. En dichos números se habla de la importancia de la figura del confesor como signo vivo de la misericordia divina. Por lo que decimos que el objetivo que buscamos es dar un esbozo de lo que el Papa Francisco entiende sobre el rol de los confesores durante el año santo.

El recorrido que seguiremos en la presentación de los nn. 17 y 18 de la Bula será el siguiente:

El esquema que el Papa usa dentro de la exposición sobre el sacramento de la Reconciliación y sobre los confesores tiene una clara conexión con los números del catecismo de la Iglesia Católica. Por ello, primero presentaremos una síntesis teológica sobre la noción del signo sacramental, la Iglesia como sacramento de unidad, el sacramento de la Reconciliación y la figura del confesor, sacerdote ordenado por la Iglesia como ministro del perdón divino. Ambos sacramentos, Orden y Reconciliación, son signo de la continuidad de la obra redentora de Cristo; el confesor, como administrador del sacramento del Perdón, es signo de la continuación de la misericordia Divina y del mandato de Cristo a su Iglesia para perdonar los pecados.

El segundo punto que se abordará es el de la valencia del confesor como «signo de la misericordia del Padre» (n. 17). En la presentación nos valdremos primero de una breve explicación de los conceptos bíblicos que manifiestan la misericordia divina —*hesed* y *rahmin*—. Con ambos conceptos, sobre todo con el primero, será posible entender mejor la manifestación de Dios como Padre misericordioso enviando a su Hijo como mediación de su Amor divino. El confesor será figura de esta misericordia en la medida en que participe sacramentalmente de dicha mediación. El confesor acogerá al pecador como Dios Padre, en la medida en que experimente en su vida los efectos del ser penitente dejándose penetrar por la Misericordia de Dios.

El tercer apartado explicará en profundidad el significado de los así llamados «misioneros de la misericordia» (n. 18). Éstos son los confesores que tienen el rol de «ser signo de la solicitud materna de la Iglesia por el

¹¹ Cf. Hb 5, 4. D. RUIZ BUENO (ed.), *Padres apostólicos y apologistas griegos (s. II)*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2002, 405.

pueblo de Dios». El texto de este número de la Bula es rico en expresiones y de contenido. Además se ha fundamentado en dos pasajes escriturísticos de la carta a los Hebreos. Esto nos motiva a presentar la segunda valencia bajo la luz del comentario exegético ofrecida por los estudios del Card. Albert Vanhoye; especialmente profundizaremos, sobre el principio de solidaridad sacerdotal que es manifestación clara de la compasión que tiene la Iglesia por sus hijos.

El sacramento de la Reconciliación y del Orden Sacerdotal

Sacramento como «signo»

El Papa señala repetidas veces que el rol del confesor es ser «signo». Sabemos que la definición de sacramento es signo visible y eficaz de la gracia, instituido por Cristo para la salvación del hombre. Por tanto, es necesario iniciar este trabajo aclarando el significado de signo sacramental¹².

Desde los primeros siglos del cristianismo se usó el término sacramento y el de signo para manifestar la Realidad Divina. Por un lado se usaba el término *mysterion* para referirse a una imagen que manifiesta la Presencia Divina. De este modo, el «signo» contiene una valencia presencial de la divinidad de Jesucristo, y se crea en el creyente conciencia de ésta realidad¹³. Por otro lado, en latín se usó el término *sacramentum* que añade la concepción jurídica de la fidelidad al pacto entre las partes¹⁴ y al mismo tiempo permite concebir la eficacia de salvación en el rito cultural. Gracias a San Agustín se logró una síntesis teológica entre ambos conceptos. El sacramento no sólo significa —*mysterion*— la salvación de Cristo, único Salvador, sino que producen eficazmente la salvación —*sacramentum*—¹⁵ que viene de Cristo porque Él es fiel a su promesa.

Cristo es signo porque es la plenitud del cumplimiento de la salvación. Es el sacramento original. Cristo es el signo de Dios y al mismo tiempo su humanidad es sacramento. Cristo es signo y contiene en sí la Realidad eterna de la cual es signo. Por tanto, en la humanidad de Cristo se encuentra el signo y el instrumento de su divinidad y de la salvación que trae con-

¹² Es necesario aclarar que nos limitaremos en este inciso a presentar someramente la concepción fundamental del sacramento como signo. No pretendemos profundizar en detalles teológicos pues la importancia de este tema ameritaría un tratado único.

¹³ La concepción de *mysterion* proviene de los estudios de los Padres Alejandrinos del s. III.

¹⁴ Fue Tertuliano en el s. III. El primero en acuñar este término.

¹⁵ Cf. CIC 774.

signo. Lo que había de visible en su vida terrena conduce al misterio invisible de su filiación divina y de su misión redentora¹⁶.

Cristo instituye los siete sacramentos para que el hombre alcance la plenitud de vida en la imitación de Cristo a través de Cristo¹⁷. El hombre necesita de los sacramentos para crecer y nutrir su vida espiritual¹⁸ y llegar a ser hijo de Dios en libertad y gloria, así como lo es Cristo.

El sacramento es signo porque muestra que Cristo está presente. Cristo, como el único sacramento es causa, efecto, y símbolo, de los siete sacramentos. Así los siete sacramentos toman su nombre y su efecto de Cristo. El sacramento es signo de Cristo¹⁹ y todo lo que se relaciona de un modo u otro con un concepto, toma de él su denominación.

La función del sacramento como signo es ayudar al hombre a pasar de un nivel material a un nivel salvífico presente en el tiempo. Por tanto, el sacramento es el instrumento sensible de salvación porque es signo de la realidad espiritual de Cristo. Además, el modo natural en que el hombre conoce es pasar de lo sensible a la realidad inteligible. Dios dispone del sacramento sensible para que el hombre conozca la gracia que es realidad inteligible²⁰. Para San León Magno, la visibilidad del sacramento manifiesta la realidad divina, por lo tanto, el sacramento es instrumento de redención, porque aquello que era visible en Nuestro Salvador se ha transmitido en sus misterios, y el sacramento es uno de ellos²¹.

Iglesia como sacramento de unidad. La Iglesia se presenta como sacramento de unidad porque representa el hecho de que Cristo ha querido unir a sí a toda la humanidad a través de Ella. Por ello decimos que la Iglesia es sacramento universal de la salvación. La Iglesia es sacramento por tres motivos: el primero, por ser una realidad divina y humana, así como Cristo en su Encarnación es signo y manifiesta de modo visible la salvación invisible de Dios; el segundo, por su acción, porque con su testimonio representa la realidad divina de Cristo que se comunica con la humanidad; y el tercero, por sus actos privilegiados de la predicación de la Palabra de

¹⁶ Cf. CIC 515

¹⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, III, 65, 1.

¹⁸ CIC 1210. «Los siete sacramentos corresponden a todas las etapas y todos los momentos importantes de la vida del cristiano: dan nacimientos y crecimiento, curación y misión a la vida de fe de los cristianos».

¹⁹ TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, III, 60, 1 y 3.

²⁰ TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, III, 60, 4.

²¹ Cf. LEÓN MAGNO, *Sermones* 23, 3-4 y 74, 2 sobre la presencia simbólica de los sacramentos.

Dios y de la administración de los sacramentos. Además decimos que es sacramento pues da continuidad histórica de la presencia de la gracia con la administración de los sacramentos desde donde actualiza la redención de Cristo en cada uno de sus miembros²².

La persona bautizada, miembro de la Iglesia²³, es templo del Espíritu Santo (1 Cor 6) de modo que por su actuar manifiesta un signo sacramental e incita la respuesta cultural en los demás miembros. Por tanto, el hombre, hace presente a Cristo a través de su vida y su celebración sacramental. Los ministros ordenados hacen presente a Cristo de un modo especial, ellos mismos son signos sacramentales de Cristo y de su acción redentora.

Una vez mostrado el sacramento como signo y la Iglesia como sacramento de unidad podemos afirmar que «los sacramentos son signos sensibles (palabras y acciones), accesibles a nuestra humanidad actual. Realizan eficazmente la gracia que significan en virtud de la acción de Cristo y por el poder del Espíritu Santo». Además estos sacramentos son «confiados a la Iglesia por los cuales nos es dispensada la vida divina. [...] La Iglesia celebra los sacramentos como comunidad sacerdotal estructurada por el sacerdocio bautismal y el de los ministros ordenados»²⁴.

Realidad significada en el Sacramento de la Reconciliación. El sacramento de la Reconciliación aparece dentro del Catecismo de la Iglesia Católica como uno de los sacramentos de la curación del *homo viator* o en camino, es decir, del hombre que habiendo recibido la vida en Cristo la ha debilitado o la ha perdido por el pecado.

Es Cristo quien restituye la vida en estos miembros debilitados a través del sacramento de la Reconciliación. Sólo Dios perdona el pecado y lo hace a través del instrumento de salvación, que es la Iglesia, a través sus ministros²⁵. Esto significa que la conversión del hombre en camino implica al mismo tiempo el perdón de Dios y la reconciliación con la Iglesia²⁶ (LG 11). Por lo tanto, la realidad significada en el sacramento de la confesión es la

²² Cf. LG 1 y CIC 775-776 sobre la Iglesia como sacramento de unidad de salvación. Los tres motivos señalados en el texto son míos.

²³ Cf. CDC 96 y 840.

²⁴ CIC 1084 y 1131-1132.

²⁵ CIC 1420-1421.

²⁶ CIC 1422-1440, 1468-1469; Cf. FIC 1143, sobre la institución del sacramento de la Penitencia y su necesidad para remediar los pecados del hombre. Cf. PO 5, sobre el *simul* de ambas reconciliaciones. Cf. RP 31, sobre el principal fruto que es la reconciliación con Dios y sobre los otros frutos: consigo mismo, con los miembros de la Iglesia, con la Iglesia y con la creación.

Reconciliación con Dios y con los miembros de la Iglesia. El signo de la Reconciliación con Dios se manifiesta propiamente a través de las palabras «yo te absuelvo» que el ministro dice en el ejercicio del sacramento²⁷.

El sacramento de la reconciliación es signo sacramental en cuanto que rememora la Pasión de Cristo, demuestra la gracia que Dios actúa en nosotros y nos anuncia la gloria venidera²⁸.

Sacramento del Orden Sacerdotal como «signo» en el contexto de la Bula. El rol de los confesores es muy preciso para el Papa Francisco: «Ninguno de nosotros [sacerdotes ordenados] es dueño del Sacramento [de la penitencia], sino fiel servidor del perdón de Dios»²⁹. El Papa manifiesta que desea dejar claro que el «sacramento de la Reconciliación» es el punto de partida sobre la reflexión acerca del servicio que deben prestar los confesores a los penitentes.

El confesor es el ministro del sacramento de la reconciliación. Los ministros sólo pueden ser o el Obispo o el sacerdote³⁰, en virtud del Espíritu Santo que les fue conferido en la ordenación. El Confesor es «verdadero signo de la misericordia del Padre» y «signo de la solicitud materna de la Iglesia». Es a través del confesor que el penitente recibe el signo de la reconciliación de Dios y de la reconciliación con la Iglesia. El confesor es signo porque hace las veces de Cristo y es ordenado por la Iglesia como un miembro reconocido para ser juez, padre y hermano del penitente, «en pocas palabras, el sacerdote es el signo y el instrumento del amor misericordioso de Dios con el pecador»³¹ y con la Iglesia.

Por ello, cuando el sacerdote administra el sacramento de la confesión actúa no sólo *in persona Christi* sino también *in persona Ecclesiae*³². La Iglesia entera, con su solicitud materna, ayuda a sus hijos a desenmascarar las debilidades y pecados propios para tomar distancia de ellos y rechazarlos; al mismo tiempo, la Iglesia ayuda a acoger con corazón magnánimo al pecador arrepentido y acompañarlo en su camino de conversión. La Iglesia

²⁷ Cf. FIC 1145. CIC 1449: «La fórmula de absolución en uso en la Iglesia latina expresa el elemento esencial de este sacramento: el Padre de la misericordia es la fuente de todo perdón. Realiza la reconciliación de los pecadores por la Pascua de su Hijo y el don de su Espíritu, a través de la oración y el ministerio de la Iglesia». Cf. OP, 102.

²⁸ Cf. CIC, 1130-1131, TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III, q.60, a. 3, c.

²⁹ MV 17.

³⁰ Cf. Mt 18, 18; Jn 20, 23; FIC 1159-1161; CDC 965-976.

³¹ Cf. CIC 1465, los títulos de juez, padre y hermano son míos y los he concluido como síntesis de las parábolas de la misericordia señaladas en este número del catecismo.

³² Cf. CIC 1444-1445, 1552-1553.

como depositaria del poder de las llaves del Reino, reconcilia al pecador a través del confesor; y por medio de él, el penitente alcanza el gozo del perdón de Dios y lo reconoce como Padre. La Iglesia tiene un doble objetivo en el ejercicio del poder de perdonar los pecados: ser continuador del poder salvífico de Cristo y ser servidor de la gracia del perdón distribuida por Dios en el sacramento de la reconciliación.

Conclusiones de este apartado. El sacramento es signo porque parte de la materia sensible para indicar una realidad trascendente, que es la Presencia Divina de Cristo. Los sacramentos han sido instituidos por Cristo, confiados por Él a la Iglesia, y administrados por sus sacerdotes, para alimentar al *homo viator* en su camino hacia la santidad y para crear unidad entre los miembros del cuerpo místico de Cristo.

El sacerdote, en su ministerio como confesor, es signo vivo de la misericordia divina del Padre y signo de la solicitud materna de la Iglesia. Esto quiere decir, que su ejercicio ministerial es manifestación de la continuidad sacramental de Cristo³³ en la Iglesia.

El Papa Francisco, a la hora en que desarrolla los números 17 y 18 de la Bula, expone que el confesor ha de ser el «signo» de la realidad significada en el sacramento de la Reconciliación, la cual es de doble valencia: por un lado, es signo de la misericordia del Padre y, por otro, debe ser signo de la solicitud materna de la Iglesia por el Pueblo de Dios. Ambas valencias las podrá ejercitar desde el momento en que recibe el Espíritu Santo en la ordenación sacerdotal y le es conferido el poder de la administración del sacramento por una autoridad competente.

Una vez asentadas las bases teológicas precedentes, nos toca ahora comentar el significado propio de las dos valencias del confesor como «signo» de la Misericordia, según los números. 17 y 18 de la Bula. Empecemos por la primera: «Ser signo de la misericordia del Padre».

Signo del primado de la misericordia del Padre. La primera valencia del confesor es ser signo de la misericordia del Padre. Esto nos lleva una pregunta fundamental: ¿Cómo es la misericordia del Padre? La naturaleza misericordiosa de Dios será el inicial argumento que debemos afrontar, al menos brevemente y fungirá de clave de lectura para entender el rol de los confesores como signo de la Misericordia de Dios.

Manifestaciones bíblicas del Corazón de Dios: «paciente y misericordioso».

³³ Cf. CIC 1421.

El Papa cita a Santo Tomás para aclarar cuál es la naturaleza omnipotente de Dios: «Es propio de Dios usar misericordia y especialmente en esto se manifiesta su omnipotencia»³⁴. Esta frase esclarece que el ser misericordioso no implica una debilidad, sino una cualidad de su Corazón divino que es a la vez magnánimo y potente en su relación frente a los hombres³⁵. Su misericordia incita a los hombres a tener una relación de respeto y dignidad frente a su Creador porque Él es fiel y en su fidelidad se manifiesta su omnipotencia. Por su parte, San Clemente Romano nos ayuda a entender la Omnipotencia divina con una oración escrita en su Carta a los Corintios:

Tú, oh Señor, creaste la tierra. Tú, que eres fiel en todas las generaciones justo en tus juicios, admirable en tu fuerza y magnificencia, sabio en el crear, inteligente en establecer las cosas creadas, bueno en las cosas visibles, benévolo con los que confían en ti, misericordioso y compasivo, perdona nuestras iniquidades y las injusticias, las caídas y las negligencias. No tengas en cuenta cada pecado de tus siervos y de tus siervas [...] y dirige nuestros pasos para caminar en la santidad del corazón³⁶.

El Papa Juan Pablo II, en su encíclica *Dives in Misericordia*, nos presenta el término bíblico «*besed*» como referencia a esta cualidad divina. *Hesed* indica en la tradición bíblica una cualidad de fidelidad interior entre dos partes contrayentes de un pacto. Esta fidelidad puede tomar la valencia del amor cuando se trata de una relación interpersonal, especialmente si se trata del Señor con su Pueblo elegido:

Ante todo está el término *besed*, que indica una actitud profunda de «bondad». Cuando esa actitud se da entre dos hombres, éstos son no solamente benévolos el uno con el otro, sino al mismo tiempo recíprocamente fiel en virtud de un compromiso interior, por tanto también en virtud de una fidelidad hacia sí mismos. Si además *besed* significa también «gracia» o «amor», esto es precisamente en base a tal fidelidad. [...] Cuando en el Antiguo Testamento el vocablo *besed* es referido al Señor, esto tiene lugar siempre en relación con la alianza que Dios ha hecho con Israel³⁷.

³⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 30, a. 4.

³⁵ MV, 6. «Su ser misericordioso se constata concretamente en tantas acciones de la historia de la salvación donde su bondad prevalece por encima del castigo y la destrucción».

³⁶ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Misericordiosos...*, 190. Cf. CLEMENTE ROMANO, *Carta a los Corintios* LX, 1-2.

³⁷ JUAN PABLO II, «Carta encíclica *Dives in Misericordia*. Sobre la misericordia Divina», nota 52.

La característica más profunda de este amor fiel de Dios es que Él sigue siendo firme en el cumplimiento de su promesa a pesar del rompimiento del pacto por parte del hombre, en palabras del libro de las lamentaciones: «como amor que da, amor más fuerte que la traición, gracia más fuerte que el pecado»³⁸. Este rasgo del corazón divino no debe ser visto como muestra de incoherencia, injusticia o debilidad divina, sino que se trata de una clara manifestación de que su justicia significa primeramente ser fiel a sí mismo, fiel al pacto que Él prometió. Dios se presenta con esta cualidad misericordiosa como «digno de fe» porque su corazón es justo y da esperanza sólida como una roca firme. Dios es fiel a sí mismo y por ello es responsable en la ejecución fiel de su promesa. Esta fidelidad provoca en el hombre una esperanza y confianza firme en la Misericordia de Dios, porque su perdón reestablece la alianza interrumpida por el pecado de modo gratuito e ilimitado.

El Corazón divino no sólo es digno de fe. La tradición bíblica también lo manifiesta con otra cualidad: es un Corazón compasivo y misericordioso. Se trata de un matiz entendido como un amor visceral o íntimo –*rahām*– al modo del amor maternal, o paternal³⁹, que se conmueve en lo más profundo de su ser por la situación dolorosa del propio hijo. Juan Pablo II comentaba esta cualidad divina de la siguiente manera:

El segundo vocablo, que en la terminología del Antiguo Testamento sirve para definir la misericordia, es *rahmīm*. Este tiene un matiz distinto del *hesed*. [...] *rahmīm*, ya en su raíz, denota el amor de la madre (*rehem* = regazo materno). Desde el vínculo más profundo y originario, mejor, desde la unidad que liga a la madre con el niño, brota una relación particular con él, un amor particular. y que bajo este aspecto constituye una necesidad interior: es una exigencia del corazón. Sobre ese trasfondo psicológico, *rahmīm* engendra una escala de sentimientos, entre los que están la bon-

³⁸ Cf. Lam 4, 3. 6.

³⁹ El término *Rahmīm* suele ser comprendido como la característica femenina del amor maternal. Yo añado que también puede comprenderse desde la perspectiva masculina de un amor que el Padre tiene a sus hijos. Admito que la experiencia general en la mística nos lleva a decir que se trata de una característica que las madres nos ofrecen con su cercanía. El Papa Juan Pablo II lo diría así: «Es una variante casi «femenina» de la fidelidad masculina a sí mismo, expresada en el *hesed*». DM, nota 52. Se puede también acudir al libro de «las revelaciones» de Santa Juliana de Norwich, capítulos 59 y siguientes, donde se habla de Cristo como Madre.

dad y la ternura, la paciencia y la comprensión, es decir, la disposición a perdonar⁴⁰.

El modo como lo expresa el Papa Juan Pablo II deja claro que se trata de un amor totalmente gratuito de parte de Dios, por tanto, no depende el mérito del hijo. Dios lo dona por amor, no como recompensa, pero además el hijo sí lo necesita para subsistir y afirmarse en su desarrollo humano y espiritual. Por parte del hijo se trata de «una exigencia del corazón».

Esta segunda cualidad del corazón divino nos manifiesta la disposición de Dios para perdonarnos, acogernos con paciencia y ternura. Estas actitudes que provocan en el hombre compunción, cariño, alegría y reestructuración de ánimo para reemprender el camino de la vida.

El confesor: signo concreto de la continuidad del Amor divino. Ahora, después de haber comprendido las dimensiones del concepto bíblico de misericordia, veremos lo que implica el hecho de que el confesor sea signo del legado del Amor paternal de Dios.

Para manifestar dicha continuidad que el confesor realiza en su ministerio desarrollaremos las siguientes temáticas: su participación en la misión de Jesucristo, el itinerario de formación del corazón sacerdotal del confesor y la acogida como actitud principal del confesor.

El confesor participa de la misión de Jesucristo. Jesucristo es el único sacerdote, único mediador entre Dios y los hombres⁴¹. Por lo tanto, el ministro es sólo servidor del perdón de Dios. Sólo participa del poder de volver a unir la alianza que estaba rota entre Dios y los hombres. El poder sagrado comunicado al sacerdote no es otro que el de Cristo. El Papa Pío XII lo señaló con gran exactitud en su encíclica *Mediator Dei*:

El ministro posee en verdad el papel del mismo Sacerdote, Cristo Jesús. Sí, ciertamente, aquél es asimilado al Sumo Sacerdote, por la consagración sacerdotal recibida, goza de la facultad de actuar por el poder de Cristo mismo a quien representa⁴².

Por su parte, el Papa San León Magno en su carta a Teodoro de Fréjus expresa con gran belleza esta realidad y nos ayuda a contemplar la impor-

⁴⁰ DM, nota 52. Esta aseveración será de gran ayuda para la comprensión de la solidaridad sacerdotal de la que hablaremos más adelante en este trabajo.

⁴¹ Cf. Mc 2, 7- 10 sobre el poder único de Cristo para perdonar los pecados y Jn 20, 21-23 sobre la potestad transmitida a los apóstoles para perdonar los pecados.

⁴² Pío XII, *Mediator Dei*. Cf. CIC 1548.

tancia del rol del confesor al servicio de los hombres como mediador, y por tanto, como signo de una Realidad más profunda, la Mediación de Cristo:

La múltiple misericordia de Dios proveyó de tal modo las caídas humanas, que la esperanza de la vida eterna pueda restaurarse no sólo con la gracia del bautismo, sino con la medicina de la penitencia. Y así, pudieran obtener la remisión de sus crímenes quienes al profanar los dones de la regeneración se habían condenado por su propio juicio. Pero de tal modo ordenó los remedios de la divina bondad, que, sin las súplicas de los sacerdotes, no se puede obtener el perdón de Dios. En efecto, *el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo* (1 Tim 2, 5) confió esta potestad a los que están al frente de la Iglesia: la de comunicar el fruto de la penitencia a los que se confiesan y admitir a los mismos a la comunión en los sacramentos, abriéndoles la puerta de la reconciliación, una vez que los ha purificado con una satisfacción bienhechora⁴³.

En el primer apartado de este trabajo se dejó claro que el confesor es manifestación de la continuidad sacramental de Cristo al ejercer su ministerio⁴⁴ en la Iglesia. Esto quiere decir, que el sacerdote actúa en nombre de Cristo en virtud de una profunda participación de su única mediación frente al Padre⁴⁵. En particular, el sacerdote, como ministro del perdón de Dios, está al servicio de toda la Iglesia y de cada uno de sus miembros para ayudarles en su desarrollo de la gracia bautismal.

El sacerdote debe tener muy presente que «participar de la misión de Jesús» es clave en su vida ministerial. Esta participación ofrece una consistencia teológica al ejercicio de la misericordia paternal de la que es «signo» y servidor⁴⁶. El sacerdote debe «tener la mirada fija en Jesús» de modo que su sacerdocio lo ejerza según el modelo único de Cristo, que vino al mundo para mostrarnos el corazón misericordioso de Dios Padre⁴⁷.

⁴³ FIC 1121. Es útil recordar que Tertuliano llamaba al sacramento de la Penitencia «la segunda tabla después del naufragio de la gracia perdida» (Cf. *De poenitentia* 42, 2). Sobre el efecto y eficacia de este sacramento el Concilio de Trento, en la sesión XIV, dice lo siguiente: «con frecuencia suele seguir en los hombres piadosos que reciben este sacramento con devoción una paz y serenidad de conciencia, acompañada de vehemente consolación espiritual». FIC 1150.

⁴⁴ Cf. CIC 1421.

⁴⁵ Cf. MV 17; LG 10; CIC 1547

⁴⁶ Cf. LG 24.

⁴⁷ MV, 1. El entonces Cardenal Josef Ratzinger, en su alocución sobre «las catorce encíclicas de Juan Pablo II», afirma que fue muy acertado, por parte de su predecesor Juan Pablo II, el hecho de centrar el primer apartado de su encíclica *«Dives in misericordia»* a la

Por otra parte, el confesor es responsable de que el fiel reciba adecuadamente la eficacia del signo sacramental de la Reconciliación. Cada sacerdote ha recibido el don del Espíritu Santo para el perdón de los pecados; de este don recibido, cada sacerdote es responsable, por tanto, debe cuidarlo y ejercitarlo con la dignidad y respeto que la potestad requiere. Recordemos que la potestad no es suya, le viene dada gratuitamente por Dios a través de la Iglesia, por lo mismo, el sacerdote ha de presentarse humildemente a su servicio: «Ninguno de nosotros [los confesores] es dueño del Sacramento, sino fiel servidor del perdón de Dios»⁴⁸.

Ser confesor no se improvisa: del ser penitente al ser «signos vivo» de la misericordia del Padre. Con las premisas anteriores podemos decir que para ejercer el ministerio de confesor basta haber recibido el poder conferido por la ordenación sacerdotal y el permiso de la autoridad eclesial para ejercer tal ministerio. Ambos elementos son necesarios para reestablecer la alianza entre Dios y los hombres a través del poder de perdonar los pecados.

Sin embargo, aquí deseamos matizar que la experiencia personal que el confesor adquiere durante su vida sacramental juega un papel fundamental en la formación de su corazón sacerdotal. Esta experiencia es un preámbulo que le capacita para ejercer mejor su ministerio. Recibir la misericordia debe ser una experiencia fundamental en la vida de todo cristiano, en particular para los confesores. La razón de este argumento es que Cristo es capaz de transformar lo que antes era pecado en instrumento de salvación. Por eso, el Papa insiste que para que el confesor sea un verdadero signo de la Misericordia del Padre es condición indispensable el caminar como un peregrino en busca de perdón⁴⁹; sólo después de tal experiencia el confesor

mirada en Jesús, pues de él se conoce el corazón misericordioso del Padre. Cf. J. RATZINGER «Las catorce encíclicas del santo padre Juan Pablo II» en http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20030509_ratzinger-simposio_laterano_sp.html [14-10-2015]. Cf. DM, 1.

⁴⁸ MV, 17.

⁴⁹ Cf. MV 17, «el ser confesores no se improvisa. Se llega a serlo cuando, ante todo, nos hacemos nosotros penitentes en busca de perdón». A este respecto nos pueden ayudar mucho las palabras de la conferencia que Mons. Guido Marini ofreció durante el curso sobre el Foro interno tenido en Roma en el 2015 sobre los aspectos litúrgicos pastorales en la celebración del rito de la penitencia: «Ricordo, infine, che un santo confessore una volta mi disse: 'Per essere un bravo confessore è necessario essere un bravo penitente'. Concludo, pertanto, così: condividendo con voi queste sagge parole che da allora ho conservato nel cuore. Ogni nostra attenzione liturgica, pastorale e spirituale, forse trova la sua sorgente proprio lì: nel saperci fare, giorno dopo giorno, penitenti esemplari che ricercano,

será testigo vivo del perdón y signo vivo de la Misericordia: Fuente donde se saciarán quienes tengan sed de la paz y la alegría del perdón⁵⁰.

El confesor, en su camino hacia la perfección ministerial, ha de buscar con piedad la contemplación y la experiencia de la misericordia de modo que se imprima en su alma la naturaleza sublime del Corazón misericordioso de Jesucristo⁵¹.

El confesor que experimenta el amor misericordioso de Dios reconoce también que está llamado a «ser signo» de este amor para el crecimiento de sus hermanos en Cristo⁵². El catecismo lo expresa de la siguiente manera:

El fruto de la vida sacramental es a la vez personal y eclesial. Por una parte, este fruto es para todo fiel la vida para Dios en Cristo Jesús: por otra parte, es para la Iglesia crecimiento en la caridad y en su misión de testimonio⁵³.

Esta experiencia personal hará más diáfana el signo que el confesor representa. Por lo mismo, los penitentes apreciarán mejor el gozo que viene del perdón divino y se acercarán con más confianza al trono de la misericordia divina.

*El confesor «acoge» como el Padre de la parábola*⁵⁴. El Papa Francisco acude a esta parábola para presentar con mayor detalle lo que él entiende como el ejercicio de la misericordia paternal. En el texto evangélico no se menciona la palabra «misericordia» pero sí la explicita bajo su faceta particular de compasión y fidelidad paternal –*hesed*–. Con ella nos muestra el encuentro «acogedor» como la actitud de todo confesor en el ejercicio de su potestad para perdonar los pecados. Dicha acogida tiene diversos aspectos

con entusiasmo d'amore, di percorrere la via della santità, che sono per primi assidui ad accostarsi al sacramento del perdono. Allora diventeremo capaci di comunicare lo stesso entusiasmo d'amore a quanti, nel Rito della Penitenza, avranno modo di incontrarci nell'esercizio del ministero della misericordia».

⁵⁰ Cf. Sal 51 y Ez 37 sobre la restitución de los huesos rotos mediante la efusión del Espíritu y el recubrimiento de la carne.

⁵¹ MV, 17. Cf. Is 58, 6-11, sobre lo que implica la peregrinación sacerdotal hacia la vivencia de la misericordia, columna para el desarrollo de su ministerio.

⁵² J. ESQUERDA BIFET, *El sacerdocio Hoy. Documentos del magisterio eclesiástico*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1985², 284. Cf. PO, 9.

⁵³ CIC 1134.

⁵⁴ El espacio disponible en este trabajo no permite bajar a cada detalle propuesto por el texto de la parábola. Por ello hemos decidido ceñirnos a tomar el hilo conductor de la «acogida» tal y como se presenta en la Bula.

tos que queremos resaltar: empatía y atención a la súplica de perdón; incondicionalidad ilimitada y prudencia; manifestación de alegría y súplica paciente para acercar al pecador y mostrarle bondadosamente su debilidad y limitación⁵⁵.

Empatía y atención a la súplica del perdón: El sacerdote encuentra en la acogida una pauta explícita de acción pastoral para ayudar a sanar toda clase de ruptura de parte del hombre frente a la alianza con Dios; también el ejemplo del Padre ayuda al confesor a ser compasivo ante la situación crucial por la que el penitente vive a raíz de su falta. El confesor tiene en consideración que el pecado ofusca, opaca y por ello el alma del penitente pierde su luz creatural y bautismal⁵⁶. El pecador reacciona ante tal situación. Reconoce primero que su pecado ha ofuscado su dignidad humana y al darse cuenta de tal situación de miseria se vuelve a su Padre para implorar su misericordia y Éste se la otorga porque es fiel a su paternidad. Por tanto, el confesor ha de ser capaz de percibir en el corazón de cada penitente la invocación de ayuda y la súplica de perdón.

Incondicionalidad ilimitada y prudencia: Acoger significa para el confesor el deber de servir a su hermano pecador acogéndolo a tiempo y a destiempo. Para vivir estas cualidades del corazón implica tomar la iniciativa y salir al encuentro del pecador, a pesar de todo. San Justino, exhortaba a rezar incluso por nuestros enemigos: «Oramos por todas estas cosas, para que tú puedas experimentar la misericordia de Cristo. En efecto, él nos ha enseñado a orar por nuestros enemigos cuando dijo: sed mansos y misericordiosos como también vuestro Padre que está en los cielos es misericordioso»⁵⁷.

⁵⁵ San Máximo el confesor sintetiza estas cualidades en su «carta 11»: «Dios es el Padre afectuoso que acoge al hijo pródigo, se inclina sobre él, es sensible a su arrepentimiento, lo abraza, lo reviste de nuevo con los ornamentos de su paterna gloria y no le echa en cara nada de cuando ha cometido». Cf. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Misericordiosos...*, 197.

⁵⁶ Cf. Una concepción hebrea sobre el pecado que aplica en este caso es el término *awon*, que significa un delito contra Dios o contra los hombres, en especial contra un pacto o contra la pureza. Sobre las acciones consideradas causa de impureza: el parto, Lv 12, 7; la lepra, Lv 13, 14; 22, 4; los líquidos sexuales, Lv 15; 22, 4; Dt 23, 11; el contacto con los cadáveres, Lv 21, 1-4. La solución a tal situación es la súplica del perdón divino que los hebreos conocen con el término *hanan*, que significa «tener piedad» o «dar gracia a alguien necesitado».

⁵⁷ DM, 4. Sobre la iniciativa del sacerdote, ésta proviene del modelo divino según lo señalado por en la encíclica: «Incluso cuando, exasperado por la infidelidad de su pueblo, el Señor decide acabar con él, siguen siendo la ternura y el amor generoso para con el mismo

Manifestación de alegría y súplica paciente: manifestar cercanía con el abrazo y la alegría por su retorno. El Padre de la parábola muestra la faceta de la fidelidad y compasión de la misericordia de su corazón. El Padre es capaz de salir humildemente en dos ocasiones al encuentro de sus dos hijos por su compasión paternal. En una para dar el perdón gratuito y total, y la otra para suplicar al hijo mayor que participe del gozo de su corazón y pedirle que éste cambie de actitud y entre a la fiesta. Acoger implica ser pacientes explicando a los demás hijos la nueva situación del hijo perdido y no categorizar impertinentemente al pecador arrepentido.

Podemos concluir que la «acogida» como actitud básica contiene una fuerza tal que permite contemplarla como el motor que movía a Jesús para perdonar los pecados y para acercar más a cada persona a su misericordia. San Jerónimo logra hacernos comprender esta realidad con las siguientes palabras:

A causa de este amor compasivo curó los enfermos que le presentaban (cf. Mt 14,14) y con pocos panes y peces calmó el hambre de grandes muchedumbres (cf. Mt 15,37). Lo que movía a Jesús en todas las circunstancias no era sino la misericordia, con la cual leía el corazón de los interlocutores y respondía a sus necesidades más reales. Cuando encontró la viuda de Naim, que llevaba su único hijo al sepulcro, sintió gran compasión por el inmenso dolor de la madre en lágrimas, y le devolvió a su hijo resucitándolo de la muerte (cf. Lc 7,15)⁵⁸.

De modo que, la «acogida» del confesor es verdadera manifestación de la misericordia divina. El confesor necesita el elemento de la memoria o «zikaron»— para que su «acogida» sea eficaz. El *zikaron* ayudará al confesor para no prejuizar la miseria que ve en el hombre: en un primer lugar, hay que recordar los gestos misericordiosos de Dios a lo largo de la historia de la salvación; en segundo lugar, dar el paso al encuentro: invitar a la confianza de acercarse al trono de misericordia como nos lo indica Hb 4, 16

lo que le hace superar su cólera (Os 11, 7-9; Jer 31, 20; Is 54, 7 s). Es fácil entonces comprender por qué los Salmistas, cuando desean cantar las alabanzas más sublimes del Señor, entonan himnos al Dios del amor, de la ternura, de la misericordia y de la fidelidad (Sal 103 (102) y 145 (144)). Cf. SAN JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, 96. Cf. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Misericordiosos...*, 191.

⁵⁸ MV, 8. Cf. TOMÁS DE AQUINO *Catena Aurea*. San Jerónimo en Mt 14, 13-14: «Mas las gentes abandonan sus ciudades, esto es, sus antiguas costumbres y sus diferentes creencias. Y la salida de Jesús significa que a pesar de que las gentes tenían deseos de ir a donde Él estaba, se encontraban sin fuerzas para llegar allí, y por esta razón el Salvador sale de su lugar y marcha al encuentro de ellos».

parafraseando Ex 34, 6 puesto que El Señor es Fiel *-hesed-*; y en tercer lugar, ser puente: intermediario entre Dios y los hombres para implorar su perdón (cfr. Hb 5. 1-3)⁵⁹. Este último paso nos remite al concepto de la fidelidad de Dios a su alianza a través de sus ministros y nos permite introducirnos en el segundo significado sobre el ejercicio ministerial del confesor: el «ser signo de la solicitud materna de la Iglesia por el pueblo de Dios». Las palabras del Papa Juan Pablo II nos pueden ser de ayuda:

La miseria del hombre es también su pecado. El pueblo de la Antigua Alianza conoció esta miseria desde los tiempos del éxodo, cuando levantó el becerro de oro. Sobre este gesto de ruptura de la alianza, triunfó el Señor mismo, manifestándose solemnemente a Moisés como «Dios de ternura y de gracia, lento a la ira y rico en misericordia y fidelidad» (Ex 34, 6). Es en esta revelación central donde el pueblo elegido y cada uno de sus miembros encontrarán, después de toda culpa, la fuerza y la razón para dirigirse al Señor con el fin de recordarle lo que Él había revelado de sí mismo (Num 14, 18; 2 Par 30, 9; Neh 9, 17; Sal 86 (85), 15; Sab 15, 1; Eclo 2, 11; Jl 2, 13) y para implorar su perdón⁶⁰.

Conclusiones de este apartado. Dios se presenta a sí mismo como digno de fe porque su misericordia paterna es «fiel» *-hesed-*; pero también se presenta con un amor misericordioso, tierno y compasivo, como una madre ante sus hijos que lo han abandonado *-raham-*. Se presenta pronto a perdonar y tomar la iniciativa para reencontrarse con sus hijos. Dicha fidelidad la muestra a través de su Hijo Jesucristo, único mediador entre Dios y los hombres. El confesor, por su parte, le es concedida la participación de dicha mediación a través de su ejercicio ministerial, en específico, en el poder de perdonar los pecados. Dicho perdón le es infundido por el Espíritu Santo a través de la Iglesia.

El fruto de la vida sacramental del confesor ayudará en un doble sentido: por un lado, el confesor manifestará el amor del Padre facilitando la credibilidad de la Iglesia en los fieles: «Como ama el Padre, así aman los hijos. Como Él es misericordioso, así estamos nosotros llamados a ser misericordiosos los unos con los otros»⁶¹. La experiencia personal que el sacerdote recibe de la misericordia de Dios hará más diáfana la experiencia eclesial de misericordia divina en cada miembro de la Iglesia.

⁵⁹ Estos tres pasos aludidos aquí son míos.

⁶⁰ MV 9: «La misericordia de Dios es su responsabilidad por nosotros. Él se siente responsable, es decir, desea nuestro bien y quiere vernos felices, colmados de alegría y serenos». DM 4, sobre la misericordia Divina.

⁶¹ MV, 9. Cf. DM, 13.

La «acogida» del confesor es verdadera manifestación de la misericordia divina. El confesor no ha de olvidar que el Señor es Fiel —*hesed*—, motivo por el cual participa de la mediación de Cristo para donar misericordia al hombre caído con compasión y fidelidad.

Este último paso nos remite al concepto de la fidelidad de Dios a su alianza a través de sus ministros y nos permite introducirnos en el segundo significado sobre el ejercicio ministerial del confesor: el «ser signo de la solicitud materna de la Iglesia por el pueblo de Dios».

Misioneros de la misericordia: Signo de la solicitud materna de la Iglesia por el pueblo de Dios. La segunda valencia que queremos comentar es la que el Papa encarga a los confesores con el título de «los misioneros de la caridad». Éstos han de ser «signo de la solicitud materna de la Iglesia por el pueblo de Dios».

El contenido esencial de esta valencia ya la hemos profundizado, en gran parte, con las reflexiones del primer apartado sobre el sacerdocio como continuidad de la misión de Cristo y como expresión del mandato de la Iglesia para perdonar pecados.

Sin embargo, el texto del n. 18 de la Bula nos presenta esta valencia con un contenido rico en detalles, por ejemplo, que los confesores manifiestan una verdad esencial para la fe del pueblo de Dios: la amplitud misericordiosa de la Iglesia como madre; otro detalle sería el concepto maternal de la misericordia —*raham*— que se manifiesta en el encuentro humano del confesor con el penitente, del cual brota la gracia como fuente de liberación, fuerza para superar obstáculos y retomar la vida nueva del Bautismo.

A diferencia de la valencia anterior, este número nos ofrece la particularidad de dos fundamentos bíblicos —de la carta a los Hebreos— que dan fuerza y solidez teológica a la exposición. Estos fundamentos son: el mantener la mirada fija en Jesús porque es fiel y misericordioso (Hb 2, 17) y el ser solícitos en invitar a los fieles a acercarse con confianza al Trono de la Misericordia (Hb 4, 16).

Motivados por la riqueza y por la fundación bíblica del n. 18, este apartado lo comentaremos a la luz de la lectura exegética presentada por el Card. Albert Vanhoye sobre la carta a los Hebreos. En especial, subrayaremos el concepto de la «solidaridad sacerdotal» como la manifestación más próxima del confesor como signo de la solicitud materna de la Iglesia por el pueblo de Dios.

El confesor como «misionero de la misericordia»: hace evidente el misterio eclesial y el interés de la Iglesia de que sus hijos alcancen el perdón.

La reconciliación con la Iglesia es inseparable de la reconciliación con Dios⁶². Esta premisa nos ayuda a recordar que el confesor, como estipulamos anteriormente, es ministro del perdón de Dios por el poder conferido por la Iglesia.

El número 18 de la Bula muestra la razón fundamental por la que la Iglesia ofrece a sus hijos el servicio de los «Misioneros de la misericordia»: «serán sacerdotes a los cuales daré la autoridad de perdonar también los pecados que están reservados a la Sede Apostólica, *para que se haga evidente la amplitud de su mandato*»⁶³. Esta frase nos indica que se trata de un envío o misión que Cristo transmite a los apóstoles y que la Iglesia, como su esposa, «hace suyo el comportamiento del Hijo de Dios que sale a encontrar a todos, sin excluir a ninguno»⁶⁴: La particularidad de este envío es muy precisa: el confesor mostrará la amplitud de su mandato, es decir, del deseo de la Madre Iglesia de que sus hijos alcancen la misericordia de Cristo⁶⁵.

El fruto del ejercicio ministerial del confesor como «signo de la solicitud materna de la Iglesia» ayudará a que cada cristiano conozca y disfrute, a nivel personal y comunitario, la profundidad de la riqueza del misterio de la Iglesia, que es *fundamental para su fe*.

«Encuentro humano» como el padre de la parábola: Validez del uso teológico de un fundamento cristológico –Hb 2, 17– en campo eclesiológico.

La acogida del Padre aparece nuevamente como fundación de esta segunda valencia. Sin embargo, en esta sección añade a la acogida del Padre el rasgo del «encuentro humano» como fuente de liberación, de responsabilidad para eliminar obstáculos y para retomar la vida del Bautismo.

Este «encuentro humano» del confesor, como signo de la solicitud materna de la Iglesia, está fundado teológicamente en la carta a los hebreos. De este modo se nos presenta una dificultad de validez teológica porque la carta a los Hebreos es un texto que se refiere a Cristo Sumo sacerdote. Entonces: ¿qué criterio ha usado el Papa para hacer uso de un texto que se

⁶² CIC 1445.

⁶³ MV 18. Aquí basta recordar lo dicho anteriormente sobre las facultades eclesiales otorgadas al confesor. Razón canónica para fundamentar que la misión del confesor es plenamente eclesial.

⁶⁴ MV 12. Cf. Mc 16, 15-20.

⁶⁵ Cf. MV 10-12, sobre las tres razones que sostienen este mandato eclesial: la misericordia provoca un aumento de la credibilidad de la Iglesia, la misericordia es una viga que sostiene la vida de la Iglesia y la Iglesia como madre misericordiosa ayuda a transmitir con alegría los frutos que provienen del Corazón misericordioso de Dios Padre.

refiere a Cristo, único Sumo Sacerdote, para hablar de la solicitud materna de la Iglesia? ¿Cómo lo especifica? ¿Cómo se aplica a la realidad de los así llamados «Misioneros de la Misericordia»? Para iluminar la respuesta a estas preguntas nos serviremos de las cualidades de Cristo, único Sumo Sacerdote –*solidario y misericordioso y obediente y digno de fe*⁶⁶– que nos ofrece el texto bíblico.

Cristo, único Sumo Sacerdote: «Digno de fe» y «causa de salvación por su obediencia» (Hb 2, 17; 5, 1.8-9). Recordemos que «Digno de fe» se refiere a la confianza que Dios crea con sus hijos gracias a su Corazón fiel del Padre en su alianza–*hesed*–. Sin embargo, ahora se intentará presentar cuál es la relación que hay entre el binomio «misericordioso y digno de fe» para comprender mejor en qué manera la obediencia de Jesucristo nos libera⁶⁷ –*peduth*– de las cadenas del pecado –*battab*–⁶⁸.

El autor de la epístola, dice el Card. Vanhoye, presenta al Sumo Sacerdote en la perícopa 2, 17-18 con dos cualidades nuevas respecto al sacerdocio levítico. El sacerdote nuevo, Jesucristo, es «Misericordioso y Digno de fe». Lo lógico es que la primacía en la exposición del contenido la lleve la primera cualidad –*misericordioso*–, sin embargo, el autor prefirió iniciar presentando la dignidad de fe. Cristo es digno de fe por el reconocimiento de las tres características por las que es glorificado por el Padre y con ellas se convierte en medio de salvación: 1) ha sido puesto con autoridad «al frente de su propia casa» (3, 6); 2) a quien es necesario obedecer porque «se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen» (4, 6-11); 3) y así alcanzar la salvación eterna (5, 9)⁶⁹. En conclusión, Cristo es digno de fe porque nos asegura una auténtica relación con Dios Padre a través de su obediencia.

La premisa de que la Nueva Alianza sólo puede tener efecto en un corazón obediente es la razón por la que se toca primero el tema de la dignidad de fe, pues la desobediencia endurece los corazones⁷⁰; Cristo alcanza la suficiente autoridad sólo con su corazón obediente. Su obediencia lo ennoblece para sostener la segunda cualidad del corazón sacerdotal: la compasión misericordiosa –*rahamim*– necesaria para el desarrollo del «encuentro humano».

⁶⁶ Hb 2, 17; 4, 14 – 5, 10

⁶⁷ MV 18 dice que el encuentro humano es «fuente de liberación».

⁶⁸ Cf. Sal 51, 3.

⁶⁹ A. VANHOYE, *L'Epistola agli ebrei: un sacerdote diverso*, EDB, Bologna 2010, 108.

⁷⁰ A. VANHOYE, *L'Epistola agli ebrei...*, 16. Cf. Sal 95, 8.

Esta presentación sobre la obediencia aclara el motivo de porqué el Papa cita a San Pablo con la perícopa Rm 11, 32 «Dios sometió a todos a la desobediencia, para tener misericordia de todos». Esta perícopa no se puede comprender fuera del horizonte o marco teológico completo que presenta la Bula. La «desobediencia», aducida por San Pablo, se complementa con el contexto de la carta a los hebreos; según Vanhoye, Cristo a través del sacrificio de su obediencia nos ha abierto las puertas para establecer una Nueva Alianza con Dios. La obediencia de Cristo a su Padre es una manifestación primordial del corazón misericordioso de Dios, porque obedeciendo carga con nuestras debilidades, es decir, Cristo es compasivo y solidario. La carta a los hebreos nos lo refiere de esta manera (Hb 5, 1. 8-9):

Porque todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados.

¿Qué sacrificio ofrece Cristo por nuestros pecados? y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen⁷¹.

Esta idea, es a la que se refiere el Papa en la Bula con la expresión: «un encuentro [...] rico en responsabilidad, para superar los obstáculos y retomar la vida nueva del Bautismo». Cristo es causa de salvación de los hombres y el confesor hace suyo este comportamiento a través del encuentro humano que lo hace responsable en la curación de la precariedad del alma humana.

Hay una última cuestión que es importante entender sobre la correcta interpretación del ser «digno de fe». El texto griego habla de *pistos*, que en realidad significa «ser creíble». Digno de fe, entonces, tiene que ver con la credibilidad. Cristo es creíble por su sacrificio oblativo y por su capacidad de cargar sobre sí nuestros sufrimientos y debilidades. Por tanto, su oblación transforma nuestro corazón desobediente en un corazón nuevo capaz de amar⁷².

⁷¹ Cf. A. VANHOYE, *Vivir en la nueva alianza*, PPC, Madrid 1999, 98-99. Sobre el concepto de «sacerdocio perfecto».

⁷² Lo contrario al corazón nuevo es el corazón desobediente. Esta aseveración nos hace recordar el Salmo 95, 7-8 que recrimina al corazón duro. Un corazón duro, en el contexto bíblico es aquél que se transforma malamente por el hecho de desconocer a Dios, de desobedecerle, de no creerle. Cristo nos abre la puerta para liberarnos de ese entorpecimiento del corazón y mirar fijamente a su obediencia. Cf. A. VANHOYE, *Sacerdotes antiguos, sacerdotes nuevos: según el nuevo testamento*, Sígueme, Salamanca 1984, 113.

El confesor debe mirar primero fijamente a Cristo para ser signo de la solicitud materna de la Iglesia. El confesor necesita aprender que el ser digno de fe no es una cualidad personal, no es una virtud que hay que formar con puro hábito humano, no es una virtud que se reduce en un simple encuentro sensible y amoroso; ser «digno de fe» es una condición vocacional y existencial para que pueda servir con credibilidad como conexión entre Dios y sus hermanos. El confesor debe reconocer que esta condición le ha sido dada gratuitamente, sin merecimiento alguno y, por lo tanto, tiene la responsabilidad de cuidar su corazón con fidelidad. El confesor será «digno de fe» gracias a su imitación personal de Jesucristo y por la actitud de apertura interna a la contemplación y a su unión con Cristo en la oración.

Cristo, único Sumo Sacerdote: «solidario y compasivo» (Hb 4, 15-16). Interpretación bíblica del «Principio de solidaridad sacerdotal»⁷³. Ahora subrayamos que Cristo aprendió esta obediencia con el sufrimiento (5, 8). La experiencia del sufrimiento abre la puerta para profundizar en el hecho de que Cristo comparte nuestra naturaleza humana y en ella sabe comprender nuestras flaquezas, «ya que ha sido probado en todo como nosotros, excepto en el pecado» (Hb 4, 15).

La premisa anterior permite al Card. Vanhoye desarrollar el principio de «solidaridad sacerdotal». Dicha solidaridad es el centro de lo que la Bula llama un «encuentro cargado de humanidad»⁷⁴.

Con la sola dignidad de fe se podría dar la impresión de que Cristo glorioso permanece en una posición demasiado lejana respecto a la experiencia humana. Por tanto, no basta la dignidad de fe para el pleno cumplimiento de la mediación. También es necesaria la capacidad de acoger a los hombres. El autor a la carta a los Hebreos nos presenta a Cristo como un Sumo Sacerdote misericordioso que sabe compadecerse de nuestra flaqueza (4, 15) con el objetivo de que el hombre se acerque confiadamente a presentar sus debilidades «al trono de gracia» (4, 16)⁷⁵.

⁷³ A. VANHOYE, *Il messaggio della lettera agli ebrei.*, Gribaudi, Torino 1979, 46-49; A. VANHOYE, *Vivir en la nueva alianza*, 87-95. Las reflexiones pertenecientes a este apartado se tomarán directamente de estas obras citadas.

⁷⁴ Cf. MV 18

⁷⁵ Basta recordar aquí que el Papa desarrolla ambas valencias de «ser signo» con un solo motivo: que el confesor sea consciente que él puede y debe ayudar a los hermanos a acercarse «con confianza al Trono de Misericordia» (Hb 4, 16). Es la confianza en Dios, digno de fe y misericordioso, la virtud cardinal que abrirá al alma a encontrar la paz y alegría de experimentar el perdón. Cf. MV, 18.

La solidaridad sacerdotal tiene un doble vínculo horizontal en su relación con los hombres. El Cardenal Vanhoye llama al primer vínculo «de origen»; éste se basa en que «todo sumo sacerdote, en efecto, es tomado de entre los hombres», y el segundo vínculo, se llama «de finalidad», basado en que «está puesto al servicio de Dios a favor de los hombres». El doble vínculo horizontal afirma primero que el sacerdote forma parte de la familia humana, y después afirma que es necesario que sea así para sufrir junto con los hombres. Por último, la solidaridad horizontal se complementa con la solidaridad vertical, que el sacerdote está «puesto al servicio de Dios» (Hb 5, 1-4).

Podemos decir, que el confesor tiene la función de un puente. Un puente une dos extremos de los cuales debe estar muy bien aferrado, de lo contrario, no sirve o se cae. En nuestro caso, el confesor debe estar aferrado en sus relaciones con Dios y en su pertenencia a la familia humana. El confesor unido a Dios participa de la «dignidad de fe» y unido a la humanidad participa de la «solidaridad» de Cristo y de la Iglesia.

La analogía del puente unida a la presentación del Card. Vanhoye nos lleva a comprender que la solidaridad de Cristo, Sumo Sacerdote, con los hombres está basada en tres actitudes base:

Comprensivo con los «ignorantes y extraviados ya que también él está lleno de flaquezas, y a causa de ellas debe ofrecer sacrificios por los pecados propios y por los del pueblo» (Hb, 5, 2-3). Esta comprensión significa una amplitud de corazón que acoge a todo pecador porque éste no es del todo consciente de la gravedad de su acto⁷⁶. Basta contemplar a Cristo en el momento de su crucifixión para darse cuenta de la actitud fundamental de su corazón comprensivo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lc 23, 34)» o también nos puede ayudar la frase de Pedro en Hch 3, 17: «Ya sé, hermanos, que lo hicisteis por ignorancia, igual que vuestros jefes». Cristo, tiene un corazón comprensivo porque también compartió con nosotros la naturaleza humana menos en el pecado (Hb 4, 15). Cristo para poder librarnos de nuestras debilidades y esclavitudes ofrece «oraciones y súplicas con grandes gritos y lágrimas» (Hb 5, 7). La primera acción

⁷⁶ San Policarpo de Esmirna exhorta a los presbíteros de la comunidad de Filipos para que guíen a la comunidad cristiana con esta solidaridad del pastor: «los presbíteros sean indulgentes y misericordiosos hacia todos, vuelvan a llamar a los extraviados y visiten a todos los enfermos sin olvidar a la viuda, al huérfano y al pobre, solícitos en el bien ante Dios y ante los hombres. [...] Si rogamos al Señor que nos perdone debemos también nosotros perdonar». Cf. POLICARPO DE ESMIRNA, *Carta a los Filipenses* VI, 1-2. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Misericordiosos...*, 190.

liberadora de Cristo misericordioso y compasivo es, por lo tanto, su oración y su unión con Su Padre. Así, el sacerdote ha de presentar una actitud compasiva con los extraviados; dispuesto a librar al pecado de las ataduras morales que lo deshumanizan y elevarlo a su dignidad de hijo.

Humildad de Cristo, Sumo Sacerdote, en sus relaciones con su Padre. La oblación de Cristo está vivida en clave de oración y unión con su Padre. El acceso al sacerdocio se basa en una actitud de humildad frente a Dios que permite permanecer unido a los demás hombres (Hb 5, 4). Veamos cómo Cristo asume esta actitud (Hb 5, 6-7):

De igual modo, tampoco Cristo se apropió la gloria del Sumo Sacerdocio, sino que la tuvo de quien le dijo: –Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy. Como también dice en otro lugar: –Tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec. El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente.

A pesar de que no niega el aspecto glorioso de su «dignidad de fe», el autor de la carta, según el Card. Vanhoye, pretende subrayar la humildad que el sacerdote necesita. Ante todo, el sacerdote debe reconocer que el servicio ministerial es un don que depende principalmente de la iniciativa de Dios: «ningún hombre puede arrogarse tal privilegio si no es constituido por Dios» y Cristo lo fue, «a la manera de Melquisedec» (Hb 5, 4-6). De este modo, queda claro que el sacerdocio de Cristo no es fruto de la ambición, ni por la voluntaria humillación, y menos aún, por la autoglorificación. La iniciativa de Dios Padre hace que su solidaridad sea más plena con los hombres.

Cristo se ofreció a sí mismo con una ofrenda suplicante. Cristo no imitó a los sumos sacerdotes antiguos que ofrecían la sangre de otras víctimas. Su ofrenda es eficaz, capaz de lavar nuestros pecados, porque Él «se ofreció a sí mismo» y se sirvió de «su propia sangre», su misericordia es su sangre derramada. Y se ofreció con «ruegos y súplicas», lo que nos da a entender que se trata de una acción transformadora (Hb 5, 7). Su ofrenda «no es de machos cabríos» sino que dijo «¡He aquí que vengo a hacer tu voluntad!» (Hb 10, 1-7). Su oración humilde torna aquí suplicante «presentó oraciones y súplicas con grandes gritos y lágrimas a aquel que podía salvarlo de la muerte, y fue escuchado en atención a su actitud reverente» (Hb 5, 8). Por su actitud reverente y suplicante su eficacia es santificadora, es liberadora⁷⁷.

⁷⁷ San Ambrosio al hablar de la parábola del Padre del hijo pródigo nos ilumina con estas expresiones: «Él corre a tu encuentro porque ya te escucha mientras estás reflexionando

Su sacrificio vivifica la expresión del salmo 103, 3-4⁷⁸ «libera a los cautivos y levanta al caído» que el Papa nos recuerda con su Bula para darnos confianza y creer en la eficacia de Cristo a través de la mediación de su Iglesia con los confesores⁷⁹.

Estas oraciones y súplicas fueron vividas «en los días de su vida inmortal» (Hb 5, 7), lo que implica que Cristo asumió una debilidad humana y su propia fragilidad. Cristo así se pone a nuestra medida, experimenta una situación de angustia dramática como nosotros. Nos comprende porque ha sido solidario con nosotros.

Además, sus oraciones son plegarias. Esta faceta de Cristo nos enseña que la petición va acompañada de disponibilidad a la voluntad de Dios:

Debemos dejar que él elija la solución, pedirle humildemente que santifique nuestra ofrenda, que le ponga su gracia y que la transforme, de lo contrario nuestra ofrenda no tendría valor [...] entonces el modelo de Jesús se convierte en modelo para nuestras plegarias. Rezar no es imponer a Dios, sino es entrar en diálogo con Él. Entonces el Señor acoge nuestros deseos y nos hace descubrir en nuestra plegaria un significado más profundo [...] el deseo más profundo de Jesús es la de la gloria del Padre⁸⁰.

en el secreto del corazón. Luego, cuando aún estás lejos, te ve y se echa a correr [...] En el correr hacia ti está la presciencia, en el abrazo, su misericordia y diré casi ¡la viva sensibilidad del amor paterno! Se le echa al cuello para levantar al que yacía en tierra y para hacer así que el que ya estaba oprimido por el peso de los pecados e inclinado hacia las cosas terrenas, dirigiese nuevamente la mirada al cielo, donde debía buscar al propio creador. Cristo se te echa al cuello porque quiere quitarte el peso de la esclavitud del cuello y cargarte un dulce yugo». *Exp. del Ev. de Lucas 7, 229-230*. Cf. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Misericordiosos...*, 195.

⁷⁸ Cf. Is 58.

⁷⁹ A. VANHOYE, *Sacerdotes antiguos, sacerdotes nuevos*, 221-222. Además puede verse la referencia que el Papa hace del texto de Is 61 sobre la liberación de los cautivos de las nuevas esclavitudes que aquejan a la sociedad moderna. Cf. PAPA FRANCISCO, «Misericordiae vultus», 16. A. VANHOYE, *Le message de l'épître aux Hébreux*, 47. «L'autore de 'Ebrei' esprime questo mistero descrivendo la Passione in due modi diversi che, a prima vista, possono sembrare incompatibili ma che sono in realtà complementari: egli la descrive a un tempo come preghiera esaudita e obbedienza dolorosa. Il Cristo 'ha offerto preghiere... ed è stato esaudito', ma nello stesso tempo 'imparò l'obbedienza dalle cose che patì' (Hb 5, 8)».

⁸⁰ A. VANHOYE, *Vivir en la nueva alianza*, 94-95.

La enseñanza es esta: que lo que hace posible que Dios escuche una plegaria cristiana es gracias a la actitud reverente, filial y auténtica que abre el alma a la acción de Dios⁸¹.

Conclusión

Los confesores como signos de la solicitud materna de la Iglesia manifiestan la credibilidad de la misma como una verdad esencial para la vivencia de la fe del Pueblo de Dios. Dicha verdad se afirma con el encuentro humano del confesor a la hora de ejercer su ministerio.

El confesor ha de mantener la mirada fija en Jesucristo, Sumo y Único sacerdote, para aprender el modelo, centro y criterio de su acción ministerial. Tal actitud de contemplación para la acción será la base para el encuentro humano en la confesión, fuente de liberación, de responsabilidad para eliminar obstáculos y para retomar la vida del Bautismo.

El principio de la solidaridad sacerdotal es complemento de la cualidad del ser digno de fe. El confesor ha de manifestar con su vida ambas cualidades. La solidaridad está particularmente regida por un espíritu de ofrecimiento personal por la carga del pecado de sus hermanos. El confesor será digno de fe en la medida en que se mantenga unido a Dios y será solidario en la medida en que comparta las debilidades con sus hermanos.

Ser compasivo *–raham–* como signo de la solicitud materna de la Iglesia tiene su fundamento en la fidelidad de Dios como Padre y en la solidaridad con los hermanos.

A lo largo del desarrollo del trabajo fuimos ofreciendo una serie de conclusiones que podemos llamar «técnicas» porque tienen que ver directamente con el contenido de la presentación. No volveremos a ellas en este último apartado. Más bien deseamos dedicar este espacio para manifestar las conclusiones y reflexiones de tipo personal que son fruto del enriquecimiento de la investigación hecha.

En la pastoral: Las valencias que el Papa nos afronta con su bula son por una parte de inestimable valor para la pastoral del sacerdote en mundo de hoy que está particularmente necesitado de la gracia de Dios y no sabe cómo abrirse a las fuentes de la misericordia. Constatamos que hoy muchos hombres desconocen a Dios e incluso hay fieles que dudan de la omnipotencia divina para restaurar sus debilidades. Un sacerdote que desee

⁸¹ Cf. La obra espiritual «gran medio de la oración» de San Alfonso María de Ligorio puede ayudar para la profundización de este apartado.

transmitir en la cultura de hoy el tesoro del perdón de Dios debe remitirse necesariamente a estas dos valencias, ser padre como el Padre y ser maternal—entiéndase como tener un corazón visceral, compasivo y solidario—como la Iglesia es madre de sus hijos.

En la espiritualidad sacerdotal y eclesial: Esta bula provoca en el corazón de todo cristiano, pero en especial, en el corazón de los confesores el reconocimiento humilde de estar inmersos en sus propias flaquezas. Este reconocimiento humilde provoca en el alma el deseo vivo de acudir al Médico del alma y recibir la medicina del perdón. Cuando el sacerdote vive esta dimensión irá cualificándose cada vez más en un instrumento por el que pase la gracia de Dios para sus hijos; de esta experiencia vendrá su solicitud magnánima de invitar a los fieles a acercarse con confianza al «Trono de la gracia» (Hb 4, 16). No queda duda que si un sacerdote abraza en su propia vida ambas valencias ayudará a todo cristiano a experimentar el principal fruto que de ellas proviene: «la alegría del corazón» —como la llama el Papa en su bula—, porque quien vive en la misericordia promueve con confianza el camino de vuelta hacia el reencuentro con Dios en su casa paterna.

Acerca de la solidaridad compasiva en la vida del confesor: Como vimos durante la exposición de la Bula el confesor vive en carne propia las dificultades y es solidario con las debilidades de sus hermanos. Ahora nos preguntamos ¿Cómo se puede comprender mejor esta solidaridad para la vida del confesor? El confesor al ser ministro de Dios y de la Iglesia constata que existe una urgencia por parte de la Iglesia de dar testimonio, anunciar y acercar a los hombres a las fuentes de misericordia. Para responder a la pregunta podríamos considerar que la mediación sacerdotal incluye tres etapas: 1) subida a Dios 2) el sacerdote es acogido por Dios 3) el sacerdote lleva al pueblo las bendiciones de Dios⁸², es decir, experiencia personal de la misericordia, para transmitir a los hombres la misericordia del mismo modo en que él la recibió. Encontramos que estas etapas se dan precisamente en lo que llamamos «encuentro cargado de humanidad»

Otra manera de responder a la pregunta es a través de la reflexión de la perícopa de Isaías 58, 6-11, es decir, el confesor hace viva la urgencia que tiene el mundo de la misericordia a través de los tres medios con los que puede ser plenamente solidario con sus hermanos: la «Oración, ayuno y caridad». El confesor puede hacer suyas estas tres actitudes básicas de Cristo, Sumo Sacerdote. 1) con la oración de petición: porque «el auxilio que invocamos es ya el primer paso de la misericordia de Dios hacia nosotros.

⁸² Cf. A. VANHOYE, *Vivir en la nueva alianza*, 88; Cf. MV, 11-12

Él viene a salvarnos de la condición de debilidad en la que vivimos. Su auxilio consiste en permitirnos captar su presencia y cercanía. Día tras día, tocados por su compasión, también nosotros llegaremos a ser compasivos con todos [y en Isaías 58 dirá]: «Entonces llamarás, y el Señor responderá; pedirás auxilio, y él dirá: ‘¡Aquí estoy!’»⁸³. 2) con el ayuno y caridad: porque ambas producen un fruto abundante de perdón y fortaleza para el alma del pecador. El ayuno es fuente particular de liberación de las «cadenas injustas y de dejar en libertad a los oprimidos» La caridad es fuente de comprensión, ayuda y solidaridad. La caridad cubre las precariedades físicas y espirituales del necesitado. El ayuno y la caridad del confesor hará posible aquello que nos dice Isaías: «entonces despuntará tu luz como la aurora y tu herida se curará rápidamente; delante de ti avanzará tu justicia y detrás de ti irá la gloria del Señor»⁸⁴. El sacerdote, puede salir a las periferias existenciales para ser solidario con los hermanos y vivir con ellos sus debilidades e indigencias. Curar espiritualmente con el perdón del trono de misericordia y curar corporalmente para que el alma se abra con confianza al don de la Misericordia.

Sobre la transformación del corazón sacerdotal a través de la experiencia de la misericordia: Finalmente, la misericordia tiene un don de alegría que se transmite por su propia naturaleza. Este año tan particular los «Misioneros de la misericordia» deben hacer un esfuerzo en ser anunciadores de la alegría del perdón. Esta alegría se encuentra muy bien explicitada en el mismo texto de Isaías 58 al decir que «Si eliminas de ti todos los yugos, el gesto amenazador y la palabra maligna; si partes tu pan con el hambriento y sacias al afligido de corazón, tu luz se alzarán en las tinieblas y tu oscuridad será como al mediodía. El Señor te guiará incesantemente, te saciará en los ardores del desierto y llenará tus huesos de vigor; tú serás como un jardín bien regado, como una vertiente de agua, cuyas aguas nunca se agotan»⁸⁵.

Finalmente quiero hacer mías las palabras que el Papa San León Magno nos dejó en su homilía de Navidad. En ellas manifiesta una bella síntesis de lo dicho en el presente trabajo:

Hoy, queridos hermanos, ha nacido Nuestro Salvador; alegrémonos. No puede haber lugar para la tristeza, cuando acaba de nacer la vida; la misma que acaba con el temor de la mortalidad, y nos infunde la alegría de la

⁸³ MV, 14 y 17.

⁸⁴ MV, 17.

⁸⁵ *Ibid.*, 17.

eternidad prometida. Nadie tiene por qué sentirse alejado de la participación de semejante gozo [...] regocíjese el pecador, puesto que se le invita al perdón; [...] Demos, por tanto, queridos hermanos, gracias a Dios Padre por medio de su Hijo, en el Espíritu Santo, puesto que se apiadó de nosotros a causa de la inmensa misericordia con que nos amó; estando muertos nosotros por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo, para que gracias a él fuésemos una nueva creatura, una nueva creación. [...] Reconoce, cristiano, tu dignidad y, puesto que has sido hecho partícipe de la naturaleza divina, no pienses en volver con un comportamiento indigno a las antiguas vilezas. Piensa de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. No olvides que fuiste liberado del poder de las tinieblas y trasladado a la luz y al Reino de Dios. Gracias al sacramento del bautismo te has convertido en templo el Espíritu Santo⁸⁶.

⁸⁶ *Liturgia de las horas. Según el rito romano*, I, Coeditores litúrgicos, Madrid 1998⁵, 341-342. SAN LEÓN MAGNO, *Sermón 1 en la Navidad del Señor*, 1-3.